

Réquiem para la Unión Soviética. Del despotismo anquilosado al borde del abismo

Auger, Iván

Iván Auger: Cientista político chileno. Consultor especializado en asuntos estadounidenses y relaciones internacionales.

Al desintegrarse la Unión Soviética muchos concluyeron que era el fin de las utopías. Además, hay inquietud por el futuro de esa región. Este artículo, que es una descripción analítica de dicho proceso sostiene que es un exceso pensar que el despotismo anquilosado soviético era un camino a la utopía, como asimismo, que los conflictos en la Mancomunidad de Estados Independientes y el tratamiento de choque que aplica el gobierno de Yeltsin lleva a la ex URSS al borde del abismo, porque sus bases son la patriotería, la ilusión de que occidente y en especial Estados Unidos son los reyes magos y una ideología que es incompatible con las estructuras que heredaron y la mentalidad de la población

Al desintegrarse la Unión Soviética (URSS) algunos desempolvaron un liberalismo decimonónico y proclamaron el fin de la historia; otros, los más, concluyeron que era el fin de las utopías.

Esa última conclusión concuerda con la posición de siempre de los conservadores norteamericanos. Así, por ejemplo, Michael Novak sostiene que el capitalismo triunfó sobre el comunismo porque «permite la más completa realización de los instintos y la creatividad humanos»¹. Y tal afirmación supone la imposibilidad de construir con la razón una sociedad mejor, lo que se califica como utopía, que por definición es irrealizable.

Uno de los objetivos de este artículo es demostrar que pensar que la URSS era un camino a la utopía es un exceso, para decir lo menos. Sin embargo, el futuro de la ex-URSS es importante para el mundo, basta recordar su armamento nuclear; ra-

¹Simposio de Confindustria (Italia), 1989.

zón por la cual, también se expone la crisis que en la actualidad vive, o sea, el contexto de su futuro. Ambas finalidades están entrelazadas, ya que «las personas no pueden sacudirse de sus pieles, ni las naciones de su historia»².

¡Oh Babilonia!

El Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) era la espina dorsal de la URSS. Aunque era soviético, para muchos no era ni partido, ni comunista, ni marxista y ni siquiera leninista. Según Gorbachov «el termidor de Stalin... traicionó y pisoteó los ideales de la Gran Revolución»³.

Jruchov devolvió al PCUS el poder que le arrebató la dictadura personal de Stalin y pretendió revivir el fervor revolucionario. Las capas dirigentes, que sobrevivieron o se formaron durante el terror, liberadas del miedo, sólo querían estabilizar su poder burocrático, y lo derrocaron. Ya eran la nomenklatura, el partido-Estado, que describió Gorbachov al iniciar su carrera en provincias en 1953: «que repugnante es aquí... En especial el modo de vida de los jefes locales. La aceptación de la conformidad, la subordinación, con todo predeterminado, el abierto descaro de las autoridades y la arrogancia. Cuando se mira a un jefe local nada sobresale salvo su barriga. ¡Pero qué aplomo, qué seguridad en sí mismo y qué tono condescendiente y protector!»⁴. Trece años más tarde, al visitar la URSS con una delegación parlamentaria chilena, conocí una sociedad estrictamente jerarquizada, burócratas grises y rudos con la población y un notorio mercado negro de divisas.

El PCUS tenía espacio para todas las nacionalidades soviéticas y los no rusos estaban sobre-representados entre las figuras públicas de la unión. Salvo en Rusia, donde no existía, los partidos comunistas republicanos mediaban entre Moscú y la población, aunque en el entendido de que el Kremlin siempre tenía la última palabra. El Estado atendía las necesidades de la población desde la cuna hasta la tumba. No exigía mucho, un popular dicho era «nos pagan poco, pero trabajamos menos».

La URSS se estancó, no sólo por el quiebre de la disciplina del trabajo, sino también porque la planificación centralizada de una economía compleja es un rompecabezas sin solución. En 1986, por ejemplo, el Gosplan, el organismo de planificación central, dictó dos mil conjuntos de instrucciones por grupos de productos. El Gosstab, el segundo nivel, los dividió en quince mil categorías. Los ministerios las sub-

² Palabras de un destacado demócrata ruso, *The New York Times*, 4/9/1991.

³ *The August Coup The Truth and The Lessons*. HarperCollins, 1991.

⁴ Citado en Raisa Corbachov: *I Hope*, HarperCollins, 1991.

dividieron en cincuenta mil y cada subcategoría en productos específicos. Cuando los planes llegaban a los niveles productivos, se proponían enmiendas o provocaban protestas y volvían al nivel ministerial. Los directores de empresas carecían de facultades incluso para comprar ampolletas que no estuvieran establecidas en el plan. El problema se agravaba porque la planificación era casi sólo vertical.

El control del cumplimiento de las metas provocaba distorsiones. Si era por peso, aumentaba la producción de clavos gigantes y telas compactas, si era por unidades o metros, se incrementaba la de alfileres y tejidos sueltos. Y, aunque pareciera absurdo, incluso a los científicos se les fijaban metas de producción.

No obstante, la economía funcionaba porque era administrada como un solo todo y con fuertes tendencias hacia la concentración sectorial y la dispersión geográfica. Entre el 30% y el 40% de la producción industrial está a cargo de una sola empresa en cada sector⁵. Así, por ejemplo, una sola fábrica produce las cosechadoras de algodón, al igual que las de maíz y papas, y cada una de ellas está instalada en una república distinta. La principal fábrica de tractores está en Rusia, pero sus neumáticos se producen en Azerbaiyán. El 98% de las locomotoras se arman en Ucrania, mas sus partes se fabrican en otras repúblicas, en especial en Rusia. Cada gran empresa tiene además enormes talleres de reparaciones que suplen la carencia de servicios y adaptan los insumos que no corresponden a sus necesidades, como ocurre con frecuencia.

El segundo factor que hacía funcionar la economía eran los mecanismos informales. Los jefes locales del PCUS ejercían funciones de supervigilancia y arbitraje. Los «fijadores», intermediarios extraoficiales, vinculaban a las unidades de producción y distribución. Este sistema de compadraje trajo una secuela de corrupción, soborno y mercado negro; las transacciones por canales informales no eran gratis. Y para la mayoría de la población participar en ellas era la única manera de aumentar el ingreso, de obtener ciertos bienes o de lograr una preferencia, por ejemplo, en la atención médica.

Los déficit agrícolas y en bienes de consumo se suplían con importaciones, entre otras cosas, de cereales, cigarrillos, jeans, zapatos y vestuario. Al mismo tiempo, se mantuvieron congelados los precios desde el derrocamiento de Jruchov; fueron revisados por primera vez en 1982. El kilo de pan, por ejemplo, tuvo un precio de 50 kópek desde 1955 y hasta abril de 1991, mientras que el precio del bushel de trigo

⁵ The Financial Times, 29/8/1991.

norteamericano que importaba la URSS subió, entre 1970 y 1980, de US\$ 1,54 a US\$ 4,45.

Todo ello institucionalizó los subsidios, que se financiaron con exportaciones de materias primas, en especial de petróleo. Por tal razón, el período de estancamiento fue también el de nivel de vida más alto en la historia de la URSS. Cuando, a partir de 1980, bajó el precio de los hidrocarburos, se recurrió a las emisiones que, como los robos a los bancos, sólo cubren los déficit en el corto plazo. También coincidió con un salto gigantesco en el mundo desarrollado, la llamada tercera revolución industrial. La URSS debió importar tecnología avanzada para la producción de armas sofisticadas y - para perpetuar el mito de la industria pesada maquinaria, aun cuando los mercados internos para dicha producción estaban saturados y no era competitiva en el mercado internacional.

El fin de la *détente* y la renovación de la carrera armamentista agudizaron los problemas económicos, en tanto se proclamaba el avance del comunismo en el mundo para legitimizar el sistema. Y los burócratas seguían justificando sus políticas con la invocación ritual del marxismo leninismo.

¡Oh perestroika!

El Politburó estaba conciente del estancamiento; y para Gorbachov la reforma era inevitable: «Un día, la vida misma impondrá cambios radicales en nuestro país», afirmó a comienzos de la década de 1980⁶. La respuesta fue la *perestroika*, la tarea, modernizar la economía, y el instrumento, el PCUS.

Se disminuyeron las tensiones mundiales para liberarse del lastre de un gasto militar, en términos proporcionales el más alto del mundo, más del doble que el norteamericano.

En 1987, se dio autonomía a los jefes de empresa, salvo para fijar los precios, pero éstos se administraron con más flexibilidad y las autoridades centrales llegaron a fijar entre dos y doce millones de precios por año. Hubo fuertes presiones salariales por la creciente brecha entre el incremento de las remuneraciones y de los precios, cuyas consecuencias fueron alzas de sueldos financiadas con el aumento del déficit fiscal, que en 1988 llegó a ser el 10% del Producto Nacional Bruto.

⁶Citado por David Remnick: "Dead Souls" en The New York Review of Books, 19/12/1991.

Yeltsin, miembro del Politburó y jefe del PCUS en Moscú, inició una campaña en contra de la corrupción y los privilegios de la nomenklatura con un igualitarismo del todo proletario. En 1987, fue removido de sus cargos partidarios cuando rompió el protocolo del Politburó y atacó a otro de sus miembros, Ligachev, el más destacado de los ortodoxos, en una reunión del Comité Central. Gorbachov aceptó la sanción, pero semanas más tarde, en el 70 aniversario de la revolución, calificó de criminales muchos actos de Stalin, primer reconocimiento público del liderazgo soviético, a pesar de la fuerte oposición d Ligachev, quien le dijo: «Sería destruir nuestras vidas enteras. Abriríamos el camino para que el pueblo escupa nuestra historia»⁷. Desde entonces, Gorbachov se colocó en el centro de la gama de posiciones de la clase dirigente.

El PCUS seguía siendo para todos el vehículo de la política. Gorbachov, junto con alentar el reconocimiento de la verdad histórica, invocó los trabajos de Lenin en el ocaso de su vida y rehabilitó, primero, a Bujarin y, después, a Jruchov. Entre los intelectuales hubo euforia: «fueron tiempos embriagadores para nosotros y nos engañaron al hacernos pensar que el sueño del socialismo reformado era posible», según Shostakovsky, jefe de la Alta Escuela del PCUS⁸. Sobchak, un destacado profesor de derecho, ingresó al partido en Leningrado (ahora San Petersburgo) y desde ahí desafió a la nomenklatura local.

En 1988, junto con el inicio de un rápido descenso de la actividad económica, comenzaron los conflictos étnicos. Un alto funcionario de planificación de Estonia protestó en la televisión local por la designación desde arriba de los delegados a la 19 Conferencia del PCUS y llamó a formar un movimiento de masas para presionar por la democratización. Así nacieron los Frentes Populares en los países bálticos, Armenia, Moldavia (ahora, Moldova) y Georgia, dirigidos por segmentos de los aparatchiks y los intelectuales locales. Pedían la autogestión económica, la defensa del medio ambiente y el desarrollo de sus culturas. La palabra clave era soberanía, no independencia, que también permitía protegerse de las, para muchos, incómodas reformas que impulsaba Moscú. La excepción fue Georgia, donde el movimiento fue exclusivamente nacionalista.

En 1989 se eligió al Congreso de Diputados del Pueblo, comicios en que hubo libertad para designar candidatos, tanto de dentro como de fuera del PCUS. En los principales centros urbanos y en las repúblicas con poderosos frentes populares, la nomenklatura ortodoxa fue humillada por reformistas y nacionalistas.

⁷Ibíd.

⁸Ibíd.

Hubo además defecciones de aparatchiks que, junto con los «fijadores» (los primeros en abandonar el sistema) y los operadores en el mercado negro, eran los candidatos obvios para convertirse en negociantes.

Así, por ejemplo, Nikolai Lamaev, después de renunciar al cargo de Ministro para la industria química en 1990, declaró que el ministerio ya no controlaba las 700 empresas que le estaban nominalmente subordinadas, debido al creciente poder de las autoridades locales y de los ecologistas. El resultado era que debía responder a múltiples presiones, lo que se traducía en una anarquía sin mercado. Agregó que parte del personal del Ministerio renunció para dedicarse al sector privado y que el resto estaba desmoralizado. Días más tarde, Business Week informó que Lamaev sería el presidente de un complejo petroquímico que se construiría en Tobolsk por una compañía mixta.

La actividad preferida de los aparatchiks y fijadores transformados en empresarios, los viejos tiburones, es servir de intermediarios en el comercio exterior, representar a compañías de computación y organizar empresas de turismo internacional. La segunda capa empresarial, los jóvenes lobos, está compuesta por personas con buenas conexiones familiares y los operadores del mercado negro y se especializa en operaciones más pequeñas o especulativas. Y el sector privado reconocido, en 1990, era el 7% de la actividad económica de la URSS.

¡Oh caja de Pandora!

El grupo de diputados de oposición en el Congreso Federal, que encabezó Yeltsin, se desgarró en conflictos étnicos. Ya nadie invocaba el nacionalismo cultural de Herder, sino las emociones, es decir, el culto del Volk, del tribalismo, que se remonta en la cultura occidental de la antigüedad.

Yeltsin, que carecía de partido y desconocía las virtudes del compromiso, comenzó a construirse una nueva base de poder y «la única fuerza que podía ser movilizada y activada con rapidez era el nacionalismo y no tuvo ningún escrúpulo a la hora de utilizarlo»⁹. En 1990, en comicios generales republicanos y locales, fue elegido miembro del soviét de la Federación Rusa y, éste lo designó su presidente. Presionado por la oposición de la nomenklatura, se salvó políticamente gracias a la defeción de un número pequeño pero relevante de parlamentarios comunistas, encabezados por el coronel Rutskoi, un héroe en Afganistán, que organizaron el grupo Comunistas por la democracia.

⁹Ernest Gellner: "Fuerzas liberadas" en *El País*, 10/10/1991

El lema de Lenin, ¡todo el poder para los soviets!, se hizo realidad. Y se llamaban soviets los organismos políticos colegiados de todos los niveles, con el agravante de que no tenían competencias definidas. La Federación Rusa, que administraba el 1% de su economía, exigió un mayor control de ésta y su propio Gosplan pasó a planificar el 25% de la actividad económica de la Federación en 1988. Los soviets, desde el nivel de repúblicas hacia abajo, también se dedicaron a operaciones de trueque para abastecer a sus comunidades, que complementaron con medidas restrictivas del comercio. Algunos ejemplos son ilustrativos.

Cuando la Federación Rusa aumentó en cinco veces el precio de la carne en 1990, los productores de Ucrania exportaron hacia la república vecina. Hubo indignación entre los ucranianos y el gobierno de Kiev mandó la milicia a la frontera para impedir tales transacciones. La lógica era que primero debía abastecerse la república y exportarse sólo el excedente.

Hubo una contracción de los flujos de alimentos por canales estatales de las zonas aledañas hacia la ciudad de Moscú. Ello se debió en parte a que su soviets, controlado por demócratas, restringió las ventas en los locales gubernamentales a quienes tenían permiso de residencia en la metrópoli. Los soviets de las regiones rurales, cuya población acostumbraba abastecerse en Moscú, se desquitaban y disminuyeron dichos flujos y los aumentaron por los canales privados, con precios varias veces más altos¹⁰.

Entre tanto, aumentaron las tensiones étnicas. Hubo conflictos en el interior de la Federación Rusa, Tartaria y otras repúblicas autónomas quisieron separarse; en Moldavia, Georgia e incluso en Asia Central se persiguió a las minorías; sin contar los choques entre Azerbaiyán y Armenia. Y seis repúblicas iniciaron procesos hacia su independencia a comienzos de 1991.

Así, las estructuras informales que hacían funcionar a la sociedad soviética se debilitaron y no fueron sustituidas. Se produjo una guerra de decretos entre los diversos niveles de la URSS, que se anulaban unos a otros. El gobierno central volvió a recurrir a las emisiones, se perdió toda disciplina fiscal y salarial y se produjeron las condiciones típicas de una hiperinflación, aunque en parte sofocada por un sistema en que la mayoría de los precios eran teóricamente fijos. Las consecuencias fueron altos precios en el mercado libre y un acaparamiento generalizado, también por parte de los consumidores, y las consiguientes escaseces.

¹⁰Phillip Hanson: "Perestroika o Catastroica", en *world Polity Journal*, primavera de 1991.

La *intelligentzia*, que dominaba los medios de comunicación, se impacientó y criticó con creciente dureza a Gorbachov. En 1990, parte del ala reformista del PCUS, encabezada por Yeltsin y los alcaldes de Leningrado y Moscú, abandonó el partido. De súbito se convirtieron al liberalismo. En palabras del antes citado Shostakovsky: «Después de poco (el entusiasmo por el socialismo reformado), la evidencia señalaba hacia otra parte. Era claro que había realmente, y con una definición amplia, una dirección principal de desarrollo saludable en el mundo: una economía de mercado democrática. Ella abarca desde Escandinavia al Japón y Estados Unidos, pero tiene poco que ver con Marx o Lenin».

No obstante, la claridad en la materia parecía no existir. Poco después, Yeltsin aprobó un plan económico que incluía una disminución drástica del gasto público, empero una semana más tarde aumentó grandemente los subsidios y el gasto social en la Federación. Y muchos intelectuales demócratas, que predicaban con entusiasmo el mercado libre, rechazan invitaciones a los restaurantes privados porque serían de propiedad de la «mafia».

El popular y reformista alcalde de Leningrado, Sobchak, al referirse a la privatización de la ciudad, dijo que sus habitantes «no tienen dinero. Por tanto si iniciamos este proceso, será comprada por centroasiáticos y caucásicos con su capital ilegal». Cuando se le preguntó cómo resolvería el problema, contestó que las autoridades «investigarían el origen del dinero en cada caso». En otras palabras, la policía ayudaría a desarrollar la mano invisible del mercado. Y no pensó que, aunque la distribución fuera igualitaria, una vez establecida la libre circulación de los bienes, tenderían a concentrarse en manos de los que tienen más dinero¹¹.

Grupos conservadores, un conjunto de eslavófilos, stalinistas nostálgicos y nacionalistas soviéticos, publicaron manifiestos que clamaban por la restauración del orden público y la conservación de la unión. Entre los firmantes se contaron intelectuales, jefes militares y autoridades de la iglesia Ortodoxa Rusa. Algunos de ellos alabaron la firmeza política e ideológica de Margaret Thatcher y ponían como modelos al Chile de Pinochet y a la Surcorea de los generales, ignorando la gran diferencia entre los Chicago boys de Santiago y los planes quinquenales de Seúl.

En 1991, los reformistas también descubrieron al Chile de la dictadura militar. El semanario *Literaturnaia Gazeta* elogió al general Pinochet el 3 de abril, y llamó su ex-ministro Büchi el padre del milagro económico chileno, que explicó como una transición paulatina de la economía centralizada a la social de mercado. Entre el 15

¹¹Citado por Vladimir Bukovsky en *The New York Times*, 12/1/1992

y el 19 de abril hubo en Santiago de Chile un seminario para economistas soviéticos, que incluyó una entrevista con el general Pinochet. El diputado ruso Boldirev sostuvo que las reformas chilenas «tendían a garantizar la libertad no sólo de los fuertes sino también de los débiles. En ese país se han creado mecanismos que, por una parte, garantizan la no ingerencia del Estado en la economía y, por la otra, impiden la utilización del hombre por los partidos políticos y las organizaciones sociales para fines que no les son propios»¹². Como siempre los extremos se tocan.

Las capas populares reaccionaron con recelo ante la perestroika. Los reformistas eran aparatshiks conversos e intelectuales occidentalizados, y bajo su alero nació una clase que hizo ostentación de su riqueza. Además como lo anota un agudo observador norteamericano que vivió en una ciudad mediana soviética en 1987 y 1989: «La desilusión sigue profundizándose cuando la masa de la población, alentada a creer que un cambio de 'régimen' finalmente solucionará los problemas del país, observa con disgusto como político tras político habla, ... pero nada positivo pareciera resultar. Por el contrario, el torrente de discursos y leyes es acompañado de una masa de refugiados, una casi hiperinflación, la desaparición de los bienes, incluso los racionados, y múltiples "bandidos" del capitalismo y logreros»¹³. Los políticos que ganaron popularidad durante este período, como Yeltsin, no la lograron por ser reformistas, sino por denunciar los privilegios de la nomenklatura y transformarse en patrioteros.

¡Oh Cartago!

Nadie obedecía los decretos de Gorbachov. Sus seis planes en dos años para enfrentar el deterioro de la economía no produjeron efecto alguno. Y como consecuencia de ello, su popularidad se esfumó. Yeltsin fue elegido por votación directa presidente de la Federación Rusa, con más del 50% de los sufragios, en junio de 1991.

Gorbachov con un gabinete de aparatshiks ortodoxos, negoció un convenio para una nueva unión, llamado 9 + 1, que traspasaba gran parte del poder a las repúblicas y que contaba con el apoyo de la mayoría de la población de la URSS. El Financial Times lo calificó, después de la derrota del golpe, de «impracticable» porque no contenía reglas para mantener un mercado único ni para controlar el gasto público¹⁴. La inminencia de la firma de ese convenio fue el detonante del golpe.

¹²Citado en *Le Monde Diplomatique*, 9/1991

¹³Citado por Peter Reddaway: "The End of the Empire" en *The New York Review of Books*, 7/11/1991.

¹⁴ 22 de agosto de 1991.

«Las clases dirigentes, según Walter Laqueur, rara vez abandonan sus posiciones voluntariamente. Los conjurados también estaban convencidos, no sin razón, de que las políticas de Gorbachov habían fracasado» y «que el orden debía ser restablecido para evitar el caos general y la ruina económica». Para ellos, «sus propios intereses concidían con los del país»¹⁵.

Los golpistas no mencionaron al PCUS, a Lenin o a Marx. No detuvieron a Yeltsin. Los aeropuertos y las comunicaciones se mantuvieron abiertos, no se censuró a los corresponsales extranjeros e incluso la televisión, supuestamente controlada por los conjurados informó sobre la oposición al golpe del Presidente de Rusia.

Los tanques salieron a las calles solamente en Moscú, pero los soldados mostraron que las recámaras de sus armas estaban vacías, y algunos desertaron hacia el gobierno ruso. Hubo escaramuzas en los países bálticos. El jefe militar de Leningrado se embarcó en una larga discusión con el soviet de la ciudad que no terminó durante toda la crisis. Una unidad antiterrorista del KGB se negó a tomar el Parlamento de la Federación Rusa, el foco de la resistencia, porque no era una acción antiterrorista. La Fuerza Aérea, que se mantuvo leal decidió no atacar al Kremlin para desalojar a la junta por temor a que la resistencia del KGB produjera muchas bajas.

Se opusieron al golpe el liderazgo de la Federación Rusa, los soviet de Moscú y Leningrado y las repúblicas bálticas. Apoyaron a los conjurados los presidentes de Azerbaiyán y Tartaria, aunque después lo negaron. El presidente de Uzbekistán dijo que el golpe «era vital para la restauración de la disciplina» y, cuando fue evidente que fracasaría renunció al PCUS en protesta por el golpe.

El resto mantuvo un gran silencio con, a lo más, llamados a la calma. Los presidentes de Ucrania y Kazajstán, las otras dos repúblicas más importantes, sólo al tercer día del golpe declararon que los decretos de la Junta no eran aplicables en sus territorios. Los dirigentes de la iglesia Ortodoxa se demoraron largas horas en responder favorablemente al llamado de Yeltsin a condenar el golpe. El ministro de Exteriores, Besmertnyj, se enfermó de súbito.

La confrontación fue por decretos. En la mayor parte del país hubo tranquilidad. El llamado de Yeltsin a una huelga general, a pesar de haber sido transmitido por medios de comunicación, fue en general desoído. El apoyo masivo de los moscovitas al gobierno ruso se concretó sólo en la noche del segundo día, el martes, y el golpe se desmoronó el miércoles. No obstante, hubo cientos de miles de manifestantes en

¹⁵The New Republic, 16 - 23/9/1991.

las celebraciones del jueves y un millón de personas rindió homenaje a las tres víctimas del golpe el sábado.

En palabras de un joven en las barricadas yeltsinistas: «Este no es un modo de dar un golpe. Recuerden cómo fue en Chile: rápido y enérgico. El nuestro fue un espeso porridge, una idiotez rusa»¹⁶.

La explicación, según Laqueur, es que los conjurados de 1991 no eran Lenin o Trotsky, «eran burócratas, no revolucionarios profesionales», «aparatchiks moderados y cautelosos», que «creyeron que una mera demostración de fuerza sería suficiente para derrotar a liberales y separatistas». A lo que se sumó que algunos comandantes claves, «el jefe de la Fuerza Aérea, como también mandos de la marina, del KGB y de los paracaidistas se negaron a cooperar. No eran grandes reformistas, pero no querían verse envueltos en política. La mayoría de los mandos del ejército estuvieron aparentemente en favor de una demostración de fuerza, pero no de un baño de sangre»¹⁷.

En otras palabras, los conjurados fueron dignos herederos de Brezhnev y los soldados se atuvieron a su tradición: el cuerpo de oficiales, antes y después de 1917, ha sido legitimista, incluso cuando fue diezmado por Stalin, y las tropas no disparan en contra de su propio pueblo.

El golpe transformó al PCUS en polvo, como una momia expuesta al aire. La URSS fue destruida, como lo simboliza la exposición en la galería Tretyakov de Moscú de seis estatuas de personajes en desgracia, tres de ellas derribadas después del golpe, más dos de Stalin y un busto de Jruchov que no estaban expuestos al público, así como que Leningrado se llame de nuevo San Petersburgo.

¡Oh torre de Babel!

Yeltsin, después de su victoria, acentuó el nacionalismo: «No fue Rusia la que sufrió una derrota, fue la idea del comunismo, el experimento que se realizó sobre Rusia y que se impuso a su pueblo»¹⁸. Y levantó como símbolo el tricolor zarista.

Sin embargo, el nacionalismo ruso es complejo. Se apoyaba en una trilogía: el zar, la iglesia ortodoxa y la patria; el primero no existe, aunque a Yeltsin se lo llame zar Boris, la segunda todavía es débil y, al igual que la tercera, no se limita a Rusia. En

¹⁶The New York Times, 22/8/1991.

¹⁷Op. cit.

¹⁸ Discurso de año nuevo, The New York Times, 30/12/1991.

la bandera zarista la franja blanca representa a Bielorrusia (hoy, Belarus), la azul a Ucrania y la roja a Rusia y, dentro de ésta, a otras nacionalidades como consecuencia de la expansión geográfica de los zares. Por tal razón, Yeltsin se alió con Gorbachov para defender la unión. Tenía buenas cartas para negociar. Rusia es un coloso entre pigmeos, con el 61% de la producción, el 90% del petróleo, las tres cuartas partes del territorio y la mitad de la población de la ex URSS.

Con todo, Yeltsin fracasó en su intento. La resistencia al golpe fue casi exclusivamente rusa y el círculo que lo rodea, sus compañeros de Sverdlovsk, donde realizó su carrera antes de la perestroika, no fue conciliador. Un vocero de la Federación declaró que, si las demás repúblicas declaraban la independencia, se reservaban el derecho de revisar las fronteras. Burbulis, el segundo de Yeltsin y ex profesor de marxismo leninismo, dijo que Rusia era «la única república que podía y debía ser la heredera legal de la Unión y de todas sus estructuras»¹⁹. A fines de octubre de 1991, cuando se negociaba la formación de una confederación, Yeltsin anunció unilateralmente que liberalizaría los precios en Rusia el 2 de enero de 1992.

La coalición parlamentaria Rusia Democrática, el principal apoyo organizado de Yeltsin, se dividió en noviembre de 1991. Tres de sus grupos, encabezados por el Partido Democrático de Rusia, el más numeroso (50.000 miembros), formó el Acuerdo Popular, cuyo programa es una «Rusia unida e indivisible» y «la protección de los derechos de los rusos en las repúblicas de la ex-Unión»²⁰.

La respuesta en cadena de todas las repúblicas fue disolver los partidos comunistas locales o rebautizarlos y declarar la independencia. Y la mayor parte de ellas son gobernadas por aparatchiks, con flamante ropaje nacionalista. El alcalde de San Petersburgo, el Dantón de agosto, los acusó de preservar «feudos comunistas».

El proceso culminó con la constitución de la Mancomunidad de Estados Independientes (MEI) y la renuncia de Gorbachov. Yeltsin está sentado en el Kremlin y gobierna por decretos y gobernadores. Sin embargo, como se dice en Kiev, el zorro ucraniano, el presidente Kravchuk, quien hizo su carrera en el departamento ideológico del PCUS, fue más hábil que el oso ruso. Es evidente que Yeltsin supuso que la MEI sería un mecanismo unificador de la economía y las fuerzas armadas de la ex-URSS. No obstante, Ucrania se prepara para emitir su propia moneda y formar su propio ejército y reivindica la flota soviética en el mar Negro. Por su parte, Mos-

¹⁹Citado por Abraham Brumberg: "The Road to Minsk" en The New York Review of Books, 30/1/1992.

²⁰Citado por Geoffrey Hosking: "The Roots to Dissolution" en The New York Review of Books, 16/1/1992.

cú sostiene que todas las fuerzas estratégicas, incluida esa flota, son rusas o de la MEI.

La situación económica se agravó después del golpe. Según el director de la Casa de Moneda, el único límite a la oferta monetaria ha sido la capacidad de las prensas impresoras. Todas las repúblicas quieren ser populares y traspasan el costo. «En este país hay casi una incomprensión de las más elementales leyes económicas. Cuando las autoridades deciden realizar un proyecto simplemente nos piden el dinero para financiarlo»²¹. Las divisas, las botellas de vodka, el trueque, el peculado y las conexiones han sido más útiles que el rublo para adquirir los artículos esenciales.

A fines de 1991, la mitad de los aeropuertos soviéticos estaban cerrados por falta de combustibles de aviación y el 40% de los aviones de Aeroflot en tierra por carencia de repuestos²². Las autoridades municipales de Moscú informaron que tienen contratos para abastecer a las empresas manufactureras de la ciudad durante 1992 por sólo el 20% de sus necesidades²³.

La mayor parte de los observadores sostiene que la superación de los problemas económicos de la región pasa por Rusia y que las demás repúblicas se verían obligadas a alinearse. La primera medida de la reforma económica fue autorizar a los productores a fijar los precios, que los detallistas pueden recargar en un 25%. Y se mantienen con precios oficiales, aunque tres veces más altos, solamente el pan, la leche, los fósforos, la sal, la vodka y la energía. Simultáneamente, se legalizó el minicomercio callejero.

Tras tal política hay una teoría económica. Aunque es inflacionista, se supone que los productores aprovecharían los nuevos precios y que éstos subirían hasta que la oferta se equilibre con la demanda. En el proceso, los productores ineficientes desaparecerían porque sus costos se incrementarían más rápidamente que los precios. Además, pavimentaría el camino para llegar a un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, quebraría el poder de las supuestas mafias que controlarían la distribución y demostraría a las otras repúblicas quién es el verdadero patrón²⁴.

Las consecuencias han sido desalentadoras, subieron los precios pero no aumentó la oferta. El caso del pan en Moscú es demostrativo. Los pedidos de los detallistas

²¹Financial Times, 18/9/1991.

²²The New York Times, 12/1/1992.

²³The New York Times, 15/1/1992.

²⁴Financial Times, 2/1/1992.

son siempre inferiores a la demanda porque no pueden devolver el excedente y el público consume únicamente pan fresco y sin conservantes y lo considera añejo nueve horas después que sale del horno. Ucrania y otras repúblicas, aunque subieron los precios, recurrieron a medidas proteccionistas clásicas, entre otras, licencias de exportación, y Rusia replicó en la misma forma. Y en las grandes ciudades rusas sólo florecieron los mercados callejeros de artículos de segunda mano.

La segunda medida fue un presupuesto trimestral, no anual, que disminuye radicalmente el déficit fiscal, en especial mediante el recorte de las compras de armas en 85%. Ello afecta al complejo industrial militar, en el que trabajan 20 millones de personas. Y se destinó la mitad del ahorro presupuestario a la reconversión de este sector a fines civiles y a socorrer a sus trabajadores.

La tercera política es un fondo de estabilización del rublo, que depende del financiamiento occidental y que ha sido condicionado por Estados Unidos a un acuerdo con el Fondo Monetario.

El gobierno ruso también insiste en inversiones extranjeras. Junto con el de Washington, organizó una visita de ejecutivos norteamericanos a los campos petrolíferos siberianos. El secretario de Estado James Baker fue recibido en uno de los principales centros científicos rusos de armas nucleares Chelyabinsk-70, donde se le pidió financiamiento para desarrollar proyectos civiles tales como diamantes microscópicos sintéticos, fibras ópticas y varias aplicaciones de la medicina y de la resonancia magnética nucleares, y una investigación matemática con junta con el laboratorio de armas atómica norteamericano de Los Alamos.

Al borde del abismo

La MEI y la propia Rusia se desintegran en banderías y parcialidades. Al igual que en la URSS, en las reuniones del MEI hay promesas públicas de amistad y declaraciones insípidas y altisonantes, pero se negocia en privado y con otro ánimo. Como no existe la última instancia - la dirección del partido -, se utilizan presiones y amenazas en diversos niveles, con el solo límite del temor al desquite o el qué dirán en Occidente, en especial Estados Unidos, que son considerados una suerte de San Nicolás o de reyes magos.

El alza de precios provocó protestas públicas. Burbulis dijo que daba la bienvenida a la oposición que «comparte nuestras metas finales, nuestra estrategia», pero que

toda otra oposición «es destructiva»²⁵. Otra demostración del autoritarismo del grupo siberiano. Yeltsin defendió la nueva política de precios, pero, en una carnicería, expresó su indignación por el precio de las salchichas y exigió que «se echara» a los responsables porque eran «provocadores» que servían mejor a los aparatchiks que a los consumidores del mercado libre ²⁶. Después, anunció correcciones urgentes en la política económica para acelerar el cambio en las granjas colectivas y proteger a los pobres de las alzas. Una nueva expresión de su populismo.

El vicepresidente Rutskoi, primero, y el presidente del Parlamento ruso, Jasbulatov, se oponen a la política económica sin criticar a Yeltsin. El primero la calificó de genocidio y, además, adoptó una posición aún más nacionalista y pidió la devolución de Crimea, traspasada a Ucrania en 1954 y cuya población en su mayoría es rusa, el Parlamento ruso aprobó una resolución sobre la materia, que fue de inmediato rechazada por el ucraniano.

Incluso entre los políticos que apoyan sin condiciones a Yeltsin, se critica la inexperiencia del equipo económico y el desconocimiento de las realidades rusas por parte de sus asesores extranjeros, entre ellos, Jeffrey Sachs, el preceptor de las reformas boliviana y polaca²⁷.

Yeltsin conserva parte de su popularidad, por lo menos en Moscú, su bastión. En una encuesta de enero de 1992, el 32,8% dijo que confiaba en él y el 19,6% que más confiaba que desconfiaba. Con todo, la popularidad, cuando se aplican tratamientos de choque, es efímera. En Polonia, por ejemplo, donde se inició esa política en enero de 1990, dos primeros ministros perdieron ya sus cargos y, de acuerdo a una encuesta reciente, a pesar de que ninguna de las figuras públicas es muy popular, el general Jaruzelsky, el último presidente comunista, lo es más que su sucesor, Walesa, elegido hace sólo un año por gran mayoría.

Hay además un conflicto entre las empresas estatales que no son del complejo industrial-militar y la nueva burocracia. El caso del petróleo es demostrativo.

Los ejecutivos petroleros rusos se excusaron de recibir a los norteamericanos en la visita que organizó su propio gobierno y Washington. La razón es obvia; quieren transformar sus empresas en sociedades anónimas, dejando el 35% de las acciones en manos del Estado, un 5% para ellos y gran parte del resto para el personal. No obstante, rechazan el capital extranjero. Alegan que no lo necesitarían si, en vez de

²⁵The New York Times, 13/1/1992.

²⁶The New York Times, 15/1/1992.

²⁷The New York Times, 31/1/1992.

vender el petróleo en Rusia a 80 centavos de dólar el barril, lo hicieran al precio internacional, es decir, a US\$ 18.

Mientras tanto, como se les permite exportar una cierta cantidad de petróleo que es producido en operaciones mixtas, han llegado a acuerdos con pequeñas firmas occidentales. En su ejecución se descubrió que la tecnología rusa no es tan atrasada como se pensaba; las perforadoras, por ejemplo, con leves modificaciones, son más baratas y tan buenas como las occidentales. Y también se dedican a operaciones de trueque con las refinerías: de petróleo crudo por diesel para sus camiones y fertilizantes químicos para las granjas que alimentan a sus trabajadores, sin oír a las autoridades de Moscú que disponen otra cosa.

La política económica del gobierno ruso pretende modificar por arte de magia estructuras centralizadas y, aún más, mentalidades. La consecuencia más importante es una creciente confrontación entre los intelectuales y nuevos capitalistas, por una parte, y los trabajadores, por la otra. Los primeros abogan por el tratamiento de choque, afirman que precios exorbitantes son los caminos hacia el bienestar y llaman comerciantes a los intermediarios, que son mas bien un conjunto de buhoneseros y mercachifles. En los segundos, impera la mutualidad e igualitarismo, proverbiales en los pueblos eslavos de la ex-Unión Soviética, y llaman a los revendedores especuladores, codiciosos y antipatriotas. Y los trabajadores parecieran tener razón. Según un observador occidental, los «empresarios» tanto anhelan el dinero occidental y los computadores y en tal grado carecen de estrategias a largo plazo que con descaro mienten, engañan y roban para lograr lo que desean, incluso a sus contrapartes extranjeras, sin preocuparles las consecuencias en el mañana²⁸.

Todo ello crea una gran confusión que preocupa a todos. Se llega a temer que los científicos nucleares emigren y se incremente la proliferación de esas armas apocalípticas. Las autoridades suizas e italianas requisaron material nuclear de contrabando y determinaron que su origen era soviético.

Sin embargo, por lo general se insiste en soluciones ideológicas o ayudas humanitarias, salvo cuando se teme la fuga de cerebros especializados en materias nucleares. El secretario Baker, cuando visitó Chelyabinsk-70, dijo que su gobierno y el alemán pensaban crear centros para ayudar a vincular a los científicos de la ex URSS con proyectos de investigación y desarrollo, sin bien no se comprometió a nada específico.

²⁸A. Craig Copetas: *Bear-Hunting with the Politburo*, Simon and Schuster, Londres, 1991.

La solución no es mendigar ni imponer políticas desde arriba, es la constitución de un gobierno de coalición en Rusia, que construya el consenso entre los sectores que son determinantes en la marcha de la economía y que tenga un proyecto de desarrollo que aproveche la riqueza científica y material del país, sin esperar el maná de Occidente. Y que la dura realidad se imponga sobre la patriotería en las principales repúblicas de la MEI y establezcan un mercado común y una administración centralizada de las fuerzas armadas. Hasta ahora no se divisa la luz al final del túnel y sigue vigente la previsión del corresponsal del Financial Times en Moscú: «el golpe y la respuesta a éste han sido hasta ahora acontecimientos muy civilizados, la brutalidad puede venir más tarde»²⁹.

Referencias

- *Anónimo, THE NEW YORK TIMES-PRENSA. 4/9 - 1991; Dead Souls.
- *Anónimo, THE AUGUST COUP THE TRUTH AND THE LESSONS. - HarperCollins. 1991; Fuerzas liberadas.
- *Anónimo, I HOPE. - HarperCollins. 1991; Perestroika o Catastroika.
- *Anónimo, THE FINANCIAL TIMES-PRENSA. 29/8 - 1991; The End of the Empire.
- *Anónimo, THE NEW YORK REVIEW OF BOOKS. - 1991; The Road to Minsk.
- *Gellner, Ernest, EL PAIS-PRENSA. 10/10 - 1991; The Roots to Dissolution.
- *Hanson, Philip, WORLD POLICY JOURNAL. - 1991;
- *Anónimo, THE NEW YORK TIMES-PRENSA. 2/1 - 1992;
- *Anónimo, LE MONDE DIPLOMATIQUE. - 1991;
- *Anónimo, THE NEW YORK REVIEW OF BOOKS. - 1991;
- *Anónimo, THE NEW REPUBLIC-PRENSA. 16-23/9 - 1991;
- *Anónimo, THE NEW YORK TIMES-PRENSA. 22/8 - 1991;
- *Anónimo, THE NEW YORK TIMES-PRENSA. 30/12 - 1991;
- *Anónimo, THE NEW YORK REVIEW OF BOOKS. - 1992;
- *Anónimo, THE NEW YORK REVIEW OF BOOKS. - 1992;
- *Anónimo, FINANCIAL TIMES-PRENSA. 18/9 - 1991;
- *Anónimo, THE NEW YORK TIMES-PRENSA. 12/1 - 1992;
- *Anónimo, THE NEW YORK TIMES-PRENSA. 15/1 - 1992;

²⁹London Review of Books, 12/9/1991.

*Anónimo, FINANCIAL TIMES-PRENSA. 2/1 - 1992;

*Anónimo, THE NEW YORK TIMES-PRENSA. 13/1 - 1992;

*Anónimo, THE NEW YORK TIMES-PRENSA. 15/1 - 1992;

*Anónimo, THE NEW YORK TIMES-PRENSA. 31/1 - 1992;

*Craig-Copetas, A., BEAR-HUNTING WITH THE POLITBURO. - Londres, Simon and Schuster. 1991;

*Anónimo, LONDON REVIEW OF BOOKS. - 1991;